

XVII

A través de París.

Juana había querido abandonar el Tisserand el día que su hermana abandonaba la plaza de la Magdalena, para no dejar á Colette ir sola en busca de una colocacion.

Además, comprendia que su presencia en la casa Plessis sería imposible.

No podia encontrarse en presencia de Servoz despues de lo que había pasado.

Una voz secreta la advertia que huyera de él. Lo que Colette decia en broma, su hermana lo pensaba en serio.

Servoz la asustaba por sus arranques mal reprimidos, por sus violencias y su brutalidad de cantero piemontés, en cuya cabeza se veia siempre la embriaguez de la ciega cólera próxima á estallar.

Sin embargo, no se atrevia á confesarlo, y Colette, despues de un debate para evitarla las molestias y las humillaciones que las proporcionaria la busca de una colocacion, la obligó continuar en su puesto.

—¡Y si no encontrásemos nada!—la dijo.

Ella la animaba con su ternura y su cariño.

—Bueno, paciencia. ¡Tal vez salga mejor de lo que pensamos! Esta situacion pasará.

Por la mañana se abrazaron tiernamente antes de separarse. Pero había tristeza y desaliento en aquellas despedidas que las separaban por algunas horas.

El día debía ser tempestuoso.

Ellas lo comprendian.

En la calle, á dos pasos, encontró Juana á Venotte que salia de su casa.

Iba como ella, á su tarea.

—¡Eh, eh!—dijo este—¡la cosa no marcha como sobre ruedas! Es pesado el oficio ¡eh!

—Se acostumbra uno. ¿Estais bien, señor Venotte?

—Como veis. ¡Buen pié, buen ojo! Buen ojo sobre todo—dijo con bastante fatuidad.—¿Y vuestra hermana?—añadió.

—Si teneis una recomendacion que darla, la hariais un favor, señor Venotte.

—¿Abandona su colocacion?

—Ya la ha abandonado.

—¡Ah! ¡diablo! Mal negocio.

—¿Crecis vos que?...

—Creo que siempre es difícil colocarse, pero que en el verano es imposible.

El creyó deber apoyar su dicho con algunos argumentos.

—Y más adelante—añadió—dentro de algunos años, será aún peor. Parece que este París es un sitio de delicias, una mina sin fondo que todo el mundo quiere explotar. Todo el mundo acude á él. Es una invasion, una obstruccion. De aqui la baja enorme en la mercancia. Las jóvenes caen por nada. ¿Me comprendeis?

—Perfectamente.

—Pero si ella quisiera... entre nosotros... Es muy guapa vuestra hermana... menos que vos, sin embargo... ¡oh! mucho menos... Ella se abriría camino... pero no sabeis maniobrar, no, en verdad que no sabeis.

—Y es probable que no sepamos nunca, señor Venotte.

Se acercó á ella, y bajando la voz le dijo:

—Una joven hermosa tiene siempre un medio de demostrar el agradecimiento por los favores que se le dispensan, y de dar facilidades para que se le dispensen otros.

—¡Qué quereis!—dijo Juana—nosotras pensamos de distinto modo, señor Venotte.

—¡Haceis mal... ya lo vereis... haceis muy mal!

Nadie oía al inspector más que Juana; pero había otra persona que les veía.

Llegaron al boulevard de San German, y en aquel momento salió á su encuentro un joven.

La actitud de Venotte y su maliciosa sonrisa, unidas á su porte, no podían dejar duda acerca de su empleo.

Venotte pertenecía á los almacenes Plessis. Además, el interno—porque quien les había salido al encuentro era él—había visto más de una vez aquella cara en las ventanas de enfrente de su casa.

Andrés no sintió celos.

Su carácter noble no se rebajaba á desconfiar de aquella que para él representaba todas las virtudes.

Pero se sentía molestado por la libertad con que aquel hombre hablaba á la señorita Aubin. Sintió un malestar, y á Juana le ocurría lo mismo.

Para hacerle olvidar su despecho le saludó muy cariñosamente, diciéndole:

—Buenos días, señor de Fresnaye.

Al mismo tiempo le tendió la mano, sin ocuparse de la presencia de Venotte.

El interno se separó en seguida; pero en aquella corta entrevista manifestó su amor por la mirada que dirigió á Juana, mirada llena de ternura y de compasión.

El antiguo policía comprendió que aquella mirada era muy significativa.

—¿Conoceis á ese joven?—la preguntó siguiendo su camino con Juana.

—Mucho.

—¿Es un vecino?

—Sí, señor.

—¿Es el que tiene esa hermosa voz que se oye algunas veces?

—El mismo.

—¡Mucho talento tiene ese mozo! Si yo tuviera su garganta de ruiseñor, no estaría ganando seiscientos francos mensuales en el Tisserand. ¿En qué se ocupa?

—Es estudiante.

—¿De qué?

—De medicina.

—¡Diablo, estais muy enterada!

—Es un amigo del abuelo Gombault. Uno de sus compañeros que acaba de marchar al país, ocupaba nuestra habitacion. Ha vivido en ella seis años.

—Todo tiene explicacion.

Juana contestaba con indiferencia á las preguntas de Venotte.

Parecía tan inocente como un recién nacido. Esta era al menos, la reflexion que el inspector se hacía á sí mismo.

—Es igual—la dijo al llegar á la puerta del almacén—yo quisiera estar en su lugar.

—¿Por qué?

—¡Porque parece que apreciáis á ese futuro doctor!

Se separó de Juana diciendo entre dientes, pero bastante alto para que pudiera oirse:

—¡Buena suerte tiene!

El por su parte, pudo oír la voz de Juana que, muy escitada, decía á manera de contestacion:

—¡Es que vale más que los demás!

Ella se impacientaba también por aquellas incesantes querellas y por aquellos atrevimientos de lenguaje que la molestaban, y contra los cuales no se atrevía á protestar con demasiada energía.

Venotte se fué muy irritado.

Durante el día buscó á Servoz, y á eso de las tres de la tarde, en el momento en que los compradores eran bastante raros, le llamó aparte.

—¿Qué tal van vuestros asuntos?— le preguntó.

—¿Con quién?

—Con la señorita Aubin.

—Me tiene sin cuidado.

—Como queráis—dijo Venotte con dulce tono.—¿Desearía prestaros un servicio, pero!...

—¡Vamos, vamos! ¡no os incomodeis! ¿Qué quereis decir?

—Es adorable la señorita Aubin! La quereis, ¿eh?

Servoz vaciló. No tenía ninguna confianza en Venotte y comprendía su animosidad. Pero había llegado á un extremo en que lo olvidaba todo. Quería saber lo que el inspector podría decirle.

—¡Pues bien, sí, la quiero!...—afirmó.

—¡Ah! ¡vale bien la pena! ¡Y cuando pienso que yo la he sacado del nido para los demás!... Y con perfidia, mirando á Servoz, le dijo por lo bajo:

—¿La quereis formalmente tal vez?

El Saboyano palideció.

Aquello fué el repentino paso de una nube por el sol. Un eclipse rápido; sus facciones se contrajeron y sus ojos se inyectaron de bilis.

—¡Diablo!—dijo Venotte—¿Estais enamorado, y más de lo que yo pensaba!

Y hablando para sí, murmuró:

—No es extraño, una jóven tan hermosa, y estos montañeses... Servoz es vivo como la pólvora.

—¡Veamos! ¿Por qué creéis que no es juiciosa?

—Lo será tal vez todavía; pero eso no durará mucho.

—¿Por qué?

—¡El fastidio, el aburrimiento de estar solas por la noche en su habitación, que no es alegre! ¡Y despues la ley de la naturaleza! No han nacido esas hermosas criaturas para que aquí en la tierra se las mire como á madonas. ¿Cómo quereis que no trastornen á los que las encuen-

tran? ¿Creéis que sois vos solo quien las echa flores?

—¿Es para molestarme con esas embajadas, para lo que me haceis perder el tiempo?—exclamó Servoz de mal humor, como el perro á quien le quitan un hueso.

—Marchaos si teneis prisa—dijo Venotte con malicia.

El jefe de las confecciones dió dos pasos para alejarse y volvió.

—He ahí lo que pasa—repuso el polizante;—cuando se quiere saber algo, al bergante de Venotte es á quien hay que dirigirse. ¡Lo sabe todo, el diablo del hombre! Si teneis deseos de pescar á la señorita Aubin para vos, de una manera ó de otra, no perdais un minuto... ¡Id presto si no se os adelantaran, amigo mio!

—¿Quién?

—¿Quién? el primero que llegue; ¡pero en particular un hermoso jóven, moreno como vos, distinguido como un príncipe, que la casualidad ha hecho que sea su vecino!

—¿Cómo lo sabeis?

—Esa es cuestion mia; pero estoy seguro de que es verdad lo que os digo. He visto lo bastante. Daos por advertido.

—Está bien.

—Daos prisa. No teneis tiempo que perder. No os dejéis vencer por un estudiante de medicina.

—¡Ah! ¿es?...

—¡Pongo los puntos sobre las ies! ¡Desconfianza!

—Gracias.

Servoz quedó pensativo.

Al pasar por la seccion de modas, el inspector fué detenido por la señorita Amada.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó ésta.

El inspector hizo un signo de inteligencia.

—¡Estad alerta!

—¡Oh!

—Creo que dentro de poco tendremos nuestro pequeño drama. Se prepara la tormenta.

—¿Drama ó comedia?—dijo Amada.

—¿Quién sabe? Podeis decirle al patron que teniais razon.

Amada se sonrió con malicia.

Como Venotte, ella tampoco queria á Servoz, pero no por la misma razon.

Servoz se llevaba á las mujeres que Venotte habia querido coger.

Pero se mostraba demasiado respetuoso con la favorita de Plessis, cuyos encantos, algo pasados, no le tentaban tanto como ella hubiera querido.

—Bueno,—contestó—veremos.

Servoz no dejaba de pensar en la confidencia del antiguo policia.

Estaba trastornado.

Durante algunos dias, devoró los celos que le invadian.

Siempre que Juana salia del almacen, la seguia de lejos y la veia invariablemente entrar en su casa.

Allí se quedaba Servoz clavado delante de la puerta.

¿No le habia dicho el inspector que el estudiante vivia enfrente de ella y que no les separaba más que la pared del jardin?

¿No podian verse y hablar sin necesidad de citarse en otra parte?

Durante muchas noches permaneció en observacion delante de la casa del abuelo Gombault, dudando si llamar, de centinela ante la maciza puerta que le detenia.

Hubiera querido abordar á Juana, tener con ella una última explicacion, y se marchaba avergonzado, temblando de celos, antes de haber tomado una resolucion, jurando no volver.

Una noche á eso de las nueve y media, estaba de acecho en la esquina de la calle Bonaparte, maldiciéndose á sí mismo por aquella tonta debilidad; presa de una terrible demencia que cambia al hombre en bestia salvaje, cuando oyó detrás de sí una exclamacion.

—¡Vos aquí!

Salió de su sueño.

—¡Señorita Colette!—esclamó.

—Sí, la señorita Colette Aubin, una persona desgraciada, sin colocacion y cansada de buscar inútilmente.

—¿Cómo?

—En ocho dias he visto á multitud de patrones. Por todas partes la contestacion es la misma: «Ya volvereis por aquí. No necesitamos á nadie».

—¿En dónde habeis estado? ¡Las hermanas Dufrane! Excelente casa. No debisteis abandonarla. ¿No habeis encontrado nada?

—Sí. Dos veces. ¡Colocaciones sin sueldo! ¡Y era preciso vestirse! Trajes de seda. Lo más nuevo que hay en la clase. En verdad que no vale la pena colocarse. Y creo que al fin, aunque me hubieran dado sueldo, hubiera tenido que tomar la puerta, por la misma razon que en la Magdalena. ¡Sabed el inglés, el alemán y el español, sin tener en cuenta lo demás, para ganar menos que una criada ó una cocinera de sexto orden! Vengo de un sitio donde me esperaban esta tarde.

—¿Para colocaros?

—¿Sabeis lo que ha tenido el valor de decirme el patron?

—Me lo presumo.

—Le pregunté lo que ganaria. Me contestó:—¿Con esos ojos y ese talle? Lo que querais. Las señoritas, aun las medianas, cuando tienen buen aspecto, no estan mucho tiempo en nuestra casa. Siempre se encuentran algun cliente, maridos que acompañan á sus mujeres, por ejemplo, que se las lleven.—Entonces le dije:—¡Si es de ese modo como debo ganar mi sueldo, no tengo necesidad de entrar en vuestra casa para eso! ¡Encontraré lo mismo andando por la acera!

—Nos separamos. La acogida ha sido fria por una y otra parte, os lo confieso.

Colette se interrumpió.

—¿Qué haceis aquí?—preguntó.

- Nada, espero á un amigo.
 —¿No hay medio de entrar en vuestra casa?
 —Tengo orden de despedir personal. Tenemos demasiado.
 —¿De modo, que vais á poner á algunas señoritas á la puerta?
 —¡Puesto que es preciso!
 —Las compadezco de todo corazón. Es muy triste tener que andar de acá para allá por estas calles de París, triste hasta el punto, de que me dan ganas de no buscar más.
 —¿Estais cansada de buscar?
 Principio á estarlo.
 —¿Pero que hareis?
 —Veré—dijo sin dar más explicaciones. Buenas noches, señor Servoz.
 —Buenas noches, señorita.

XVIII

Demasiado bella.

Colette Aubin tenía de su padre un alma valiente, de su madre una ternura profunda, decidida, que se olvidaba de sí misma, dispuesta á sacrificarse por lo que ella amaba.

Ahora bien, esta ternura no tenía más que un objeto definido: Juana.

Colette sentía una pasión pura y noble por aquella encantadora joven, de quien estaba segura que nunca había tenido para ella y sus padres más que palabras de reconocimiento y de animación.

Si se irritaba contra las dificultades que la cerraban el camino, por buena voluntad que tuviera de superarlas, era, sobre todo, porque aquellas dificultades eran también temibles para su hermana, y porque veía á Juana expuesta al mismo tiempo que ella.

Lo que la exasperaba, sobre todo, era la impertinencia de las gentes, que cuando se presentaba en las casas en demanda de colocación la examinaban con extrañeza, poniéndose los lentes algunos y mirándola de arriba abajo como si quisieran decir:

—¿Qué diablos quiere ésta? ¡Cuando se tiene esa cara hay muchos medios de ganar el dinero sin colocarse!

Colette comprendía perfectamente esto.

Acogida en algunas partes con verdadera benevolencia, no encontraba empleo. O desde las primeras palabras veía que tenía que temer, en un plazo más ó ménos próximo, exigencias á que no podía someterse.

Sin embargo, era necesario vivir.

Las palabras de Urbano Salvador acudían á su memoria.

El Brasileño la había dicho la verdadera situación.

Colette comprendía los obstáculos ante los cuales debía estrellarse con su hermana.

Y haciendo todo con valor, pero sin esperanza, por tranquilidad de conciencia, iba en busca de un empleo que no podía obtener, y pensaba que si después de todo, una de las dos debía sacrificarse, sería ella y no su hermana quien pronto se encontraría también sin recursos.

La idea de que Juana pudiera verse obligada á ahogarse en aquel fango en donde ella misma tenía miedo de poner los pies, la hacía temblar como si tuviera fiebre.

—Eso es imposible—se decía.

Colette hubiera preferido matarla y morir con ella.

Estaba asaltada por mil ansiedades secretas que ocultaba á su hermana; pero se disgustaba más á medida que recibía negativas, que aumentaban su desaliento.

Una de sus compañeras de la casa Dufrane le había dado una lista de los sitios donde debía presentarse; pero previniéndola que encontraría en todos ellos las mismas especulaciones que en casa de Angela y Marta.

Hizo una suprema tentativa.

Admitida sin dificultad y hasta con interés, en una casa célebre, en la casa de Tricard Valtier, de los alrededores de la Bolsa, pasó en ella dos días en una tranquilidad perfecta.

Al tercero, llamada por la mañana al despacho del patron, salió cinco minutos después, colorada de cólera y de vergüenza. Cogió su sombrero, y se fué sacudiendo el polvo de las botas á la puerta de aquella caverna.

Tenía bastante.

Estaba cansada de esos *docks* de la *toilette* refinada, en donde admiten á las jóvenes sin dadas sueldo para hacer valer la mercancía, sobre buenos hombros, ó sobre una cabeza de provocativa sonrisa, y en los cuales, cuando es necesario vestirse, vivir, comer y pagar la casa, es preciso buscar recursos misteriosos en sí mismo.

Estaba cansada de Angelas de la moda, y de sus semejantes de vestidos y abrigos.

Es cierto que se encuentran casas honradas, pero las que entran en ellas no salen.

En verdad le quedaba el recurso de esperar, de buscar aún, de seguir buscando, pero pensaba que por todas partes le sucedería lo mismo; que su cara y la de su hermana era un obstáculo para su reposo.

Había prometido á Urbano Salvador ceder, rendirse, si llegaba á la convicción de que no podría ganar su pan honradamente.

Cuando ella daba esta contestación, no creía verse reducida tan pronto á tal necesidad.

Un último patron, en casa de quien se presentó, la quitó los últimos restos de duda.

Era este un rico industrial del Norte, cuyo depósito estaba en París, y quien unía á sus fábricas una gran casa de comision.

La recibió con atención y bondad.

Padre de familia, de los más honrados, dotado de una fisonomía simpática, anciano ya, interrogó á Colette con extrema dulzura.

—¿Qué es lo que sabeis?—la preguntó.

Colette le explicó todo lo que sabía.

—¿El inglés?

—Sí. Y también el alemán y el español.

—Perfectamente.

El patron quedó encantado.

La cara de Colette, franca, sincera, casi alegre; sus grandes ojos negros, sus distinguidos modales y la sencillez con que hablaba, interesaron vivamente al industrial.

—¿Qué edad teneis?—la preguntó.

—Veinte años.

—¿Os habeis presentado en muchas casas?

—En más de cuarenta.

—¿No os han recibido en ninguna?

—En ninguna, excepto en dos.

—¿No os habeis quedado?

—Era imposible.

—¿En dónde habeis entrado?

Colette se lo dijo.

—Comprendo.

—Me han hecho esperar que si vos no podeis admitirme, tendreis la bondad de recomendar-me... Vuestras relaciones son muy extensas...

—¿Teneis buen deseo de trabajar?

—¡Oh! sí, señor.

—¿No os asusta el trabajo?

—No.

Reflexionó y hasta tal vez dudó.

Pero su contestacion fué desconsoladora.

—Quisiera serviros—le dijo;—pero no puedo. Nosotros no tomamos señoritas: únicamente cajeras, y las que están quieren conservar sus puestos.

—¿Pero vuestros amigos!...—suplicó Colette.

El comerciante tomó un aire paternal.

—Escuchadme, pobre joven—le dijo.—Podrian tomaros en dos ó tres grandes almacenes, pero las peticiones son tan numerosas, que tendriais que esperar algunos meses para ser admitida. Os recibirán con los brazos abiertos en otras casas, pero son casas malas. En las buenas no os querrán...

—Pero, ¿por qué?

—¡Lo comprendeis bien! Sois [muy inteligente.

Y le mostró el espejo de la chimenea.

—¡Miraos!—la dijo.

Colette bajó la cabeza.

Era demasiado bella.

—¿Qué remedio hallar?—preguntó levantándose.

El fabricante movió la cabeza y dijo:

—No lo conozco.

—Adios, caballero, y gracias—dijo Colette, y salió de la casa.

Estaba decidida.

Al pasar por el boulevard entró en el telégrafo del Gran Hotel, pidió una tarjeta de cincuenta céntimos y, rápidamente, con mano febril, escribió estas líneas:

«Teneis razon.

»Les es imposible á ciertas jóvenes vivir en Paris honradamente.

»Yo soy una de ellas, á lo que parece. La experiencia está hecha.

»¿Estais libre?

»Ofrecedme una comida en donde querais.

»No me queda más que un recurso: ¡agradar!

»Lo procuraré.

COLETTE AUBIN.»

Puso el sobre.

A Mr. Urbano Salvador—Hotel Salvador.

Calle de Chaillot.

Y con sus afilados dedos, deslizó el papel azul en la caja de los telegramas.

Los empleados la miraban con ojos encendidos.

Almorzó en el *Bouillon de la Magdalena*.

Estaba preocupada.

Lo que acababa de hacer en un momento de irritacion, la pesaba ya.

¡Pero qué otra salida encontrar á tan difícil situacion.

Colette se decia que ocultaria su falta valiéndose de un subterfugio que la suministraría su imaginacion y que evitaria á su herma-

na las tristezas y las privaciones de la miseria.

Cuando acabó su desayuno, fué á la calle de Vizconti por la plaza de la Concordia.

Cuando llegó á su casa, el abuelo Gombault arreglaba el jardín.

—Ahi hay una carta para vos—la dijo.—Cogedla.

Era la contestacion á su despacho.

Salió al jardín y leyó:

«Adorada mia.

«Sois la razon misma.

»¿De qué sirve luchar, cuando se está seguro de ser vencido?

»Mé colmais de alegría.

»A las siete os espero en la esquina de la calle de Bonaparte, cerca del muelle.

»Ya sabeis que mi cupé es azul.

»Recibid mil besos.

»URBANO SALVADOR.»

El abuelo Gombault descansó un momento.

—¿Qué hay, señorita Colette, son buenas las noticias?

—No, señor.

—¡Ese pápel azul no os dá alguna esperanza!

Colette movió la cabeza y respondió con voz un tanto alterada.

—Al contrario.

Estrujó el pápel entre los dedos y, volviendo la espalda, se dirigió á la escalera.

El jardinero la vió un momento despues en el balcón, estaba pensativa, examinando con distraida mirada las flores y el follaje del jardín.

Hizo pedazos el pápel y lo arrojó en la chimenea.

El abuelo Gombault oyó un ruido de jofaina y de armarios abiertos y cerrados.

La pobre joven se hermooseaba, pero á medida que la hora de la cita se aproximaba, se iba poniendo más sombría.

La cara de Salvador se le aparecía á lo lejos como la de una especie de Mefistófeles odioso, ó la de un horrible vampiro.

Entre tanto acababa su *toilette*.

Dudaba en la eleccion de traje.

Los armarios estaban llenos de faldas, de corpiños y de todo un ajuar de la más refinada coqueteria.

Por fin se decidió.

Cogió el vestido que llevaba la noche de la representacion del *Fausto*.

Y cuando estuvo vestida, arrancó un boton de rosa de uno de los rosales trepadores que llegaban hasta su ventana, y lo prendió en el centro del corpiño.

Se envolvió en un ligero abrigo de seda, se puso una capotita encarnada muy elegante y bajó.

De lejos envió un amistoso saludo al abuelo Gombault, con quien parecia que no queria encontrarse, y volviéndose hácia él le dijo:

—Si viene mi hermana antes que yo, decidla que no se inquiete por mí, que voy al teatro con una amiga.

—Está bien, señorita.

—Buenas noches, abuelo Gombault.

El buen hombre la vió partir, admirado de aquella metamorfosis.

—¿Qué amiga será?—se dijo cuando Colette habia desaparecido.—¡Puede ser que tenga bigote!

El abuelo Gombault añadió para sí:

—¡Otra que se pierde!...

XIX

Ultima explicacion.

Juana Barfleur se presentaba temblando en el Tisserand.

Temia la pregunta que veia asomar á los labios de Servoz.

Estaba segura de la suerte que la esperaba el dia en que diera su contestacion á aquel enamorado cuyo carácter la asustaba.

E instruida por el ejemplo de su hermana, que todas las noches la contaba las gestiones que hacia, procuraba contemporizar para pasar aquella estacion, que todas la pintaban con tan tristes colores para las desgraciadas que tienen necesidad de buscar un empleo para vivir.

Pero no contaba con la paciencia de Servoz.

Veinte veces por dia se acercaba á ella y Juana esperaba á cada momento esta pregunta:

—¿Qué habeis decidido?

Llegó por fin.

A la hora en que Colette, muy elegante, con su traje blanco y su guardapolvo color gris, salia de la calle Visconti, Servoz abordaba á Juana en un pasillo y la decia estas dos palabras:

—¡Mi contestacion!

Juana se estremeció:

—No me acusareis de precipitado—la dijo.— Os he dado tiempo de pensarlo. ¿Qué decidis? ¿Que sí?

—¡Peró!...

—Hablad francamente...

—Es que—dijo Juana—nos observan...

—Una palabra nada más.

Por fin dijo Juana, haciendo un esfuerzo:

—No.

Servoz palideció. Todo su ser esperimentó una contraccion.

Su turbacion fué tan violenta que se volvió súbitamente para ocultarla y se alejó.

Era la hora de comer.

Juana subió á los inmensos comedores situados en el último piso del Tisserand y no probó nada.

Sus vecinas de mesa lo observaron.

La señorita Cadot, la mala lengua de la casa la dijo.

—¿Qué teneis? ¿Estais enferma?

—No, repuso Juana. No tengo gana.

Sentia un malestar evidente que las otras querian interpretar sin conseguirlo.

Habian visto á Servoz acercarse á ella y hablarla; pero ignoraban lo qué.

Pero en las reuniones de mujeres se busca hasta que se encuentra.

La señorita Cadot tenia el ojo tan perspicaz como Venotte.

La alteracion del semblante de Juana, la revelaba lo que ella pensaba ya, á saber: que la calma de Servoz era fingida y que lo que acababa de decir á la joven era una amenaza de despedirla.

Cuando se levantaron de la mesa la señorita Cadot se cruzó con Venotte.

—¿Sabeis—le dijo—que se prepara algo nuevo?

—¡Acerca de qué?

—Servoz ha dicho no sé qué á la señorita Aubin, y no ha comido nada la pobre.

—¡Ah!

—Lo hemos visto todo nosotras.

Venotte se mordió los labios.

Y como hombre que está muy enterado de un asunto, añadió:

—No me decís nada nuevo. ¡No se le oculta nada á Fortunato Venotte, no tengáis cuidado!

La verdad era que la señorita Cadot acababa de suministrar al inspector un precioso informe.

—Sin embargo—añadió;—gracias por la intención.

Y con su eterno parpagueo del ojo izquierdo, concluyó diciendo:

—Se vigila.

A Venotte no le hubiera disgustado ver caer á Servoz en un mal paso y hasta empujarle á él. Aquel Saboyano osado, volcánico, rico por lo que ganaba y gastador, porque contaba con el porvenir, era para el policía un rival insuperable.

No es fácil imaginarse las competencias, los rencores y los odios que se agitan, que crecen y se desarrollan en esas reuniones de millares de hombres y mujeres amontonados en esos grandes establecimientos.

Venotte se veía reducido casi siempre á tener que conformarse con los favores de Florencia, la bella criada de su casa de los alrededores de Montiers. Era un bocado que él consideraba demasiado modesto.

Al separarse de Cadot se repetía esta promesa.

—Vigilaré.

El resto del día anduvo por los alrededores del distrito de Servoz, con toda clase de precauciones.

Desde los balcones del piso de arriba veía los salones.

El Saboyano estaba sombrío, feroz; se veía en él la decepción, la cólera, el aburrimiento de una desgracia imprevista que agobia y anonada.

Juana, por su parte, estaba más pálida que de ordinario, pero tranquila y resignada.

Blanca como una azucena y con traje negro se ocupaba en colocar en los armarios abrigos y vestidos, doblaba chaquetillas, mantillas y velos, y cuando la campana dió la señal de salida, se puso tranquilamente el sombrero y los guantes y se dispuso á marchar.

Servoz no había vuelto á hablar á Juana.

Venotte estaba á la expectativa.

Vió al jefe de las confecciones lanzar á Juana Aubin una mirada profunda, que la joven no notó y á esta que desfilaba á la cabeza de un batallón de empleadas.

Juana marchaba en el centro, como si se creyera más en seguridad en medio de sus treinta compañeras que sola, y cuando la cabeza de aquella columna llegó al gran portal del almacén, Venotte se lanzó á su vez, bajó la escalera á toda prisa y ganó la acera sin perder de vista á Juana.

Esta siguió el boulevard para llegar á su casa.

Ahora estaba muy querida por sus compañeras.

En la esquina de la calle del Sena, se separó de las dos últimas, quienes se quedaron á alguna distancia y cada una marchó despues por su lado.

Se encontró sola.

Apenas había dado algunos pasos, cuando Servoz la salió al encuentro.

Instintivamente hizo un movimiento de retroceso.

—¿Os asusto?—dijo con amargura el Saboyano.—Lo siento.

Juana se excusó.

No en verdad, no la asustaba.

Ella le dijo esto procurando sonreír.

—Entonces—dijo Servoz,—no os negareis á dar un paseo conmigo.

—¡Pero!...

—Como comprendereis, yo no puedo creer que refuseis seriamente lo que os propongo. Y me permitireis defender mi causa, al menos por última vez. ¡Después, si decís que no, sabré á qué atenerme!

—¡Dios mío! si lo exigís...

—Entonces subamos hacia el Luxemburgo— la dijo.—Estaremos más tranquilos.

Juana no tuvo fuerzas para oponerse.

¿Y qué podía temer?

Servoz aunque estaba pálido, casi lívido, parecía tranquilo.

Atravesaron el boulevard San German sin pronunciar una palabra.

En frente de ellos, del otro lado, estaba la calle Tournon, poco alumbrada.

Siguieron por ella en el mismo silencio.

Servoz tomó por fin su partido.

—Si no he entendido mal, habeis dicho que no cuando os hablé esta tarde.

—Es verdad.

—¡Para que no me queráis, pobre como sois, porque si mañana se os priva de vuestra colocacion os encontrareis en la miseria, es preciso que me aborrezcais mucho!

—Yo no os aborrezco.

—¡O que ameís á otro!

Juana calló.

Servoz esperaba contestacion, ó un mentis.

No recibéndolo, se mordió los labios hasta hacerlos brotar la sangre.

—Que me aborrezcaís ó que sintais por mí una indiferencia que me hiere, podré tolerarlo; pero que otro obtenga de vos lo que me negais, eso no lo puedo sufrir.

Juana siguió callada.

Tenia en la mano una antuca muy ligera, con puño de marfil, que habia debido costar cien francos en casa de Verdier, y sobre su guante de Suecia, sin botones, llevaba una pulsera de oro, muy delgadita, con dos perlas, que no se parecía en nada á esas alhajas baratas que las jóvenes pobres llevan de ordinario.

Servoz las examinaba para demostrar presencia de ánimo.

Las negativas tan terminantes de Juana le ponian el cerebro en ebullicion.

Juana ni aun se tomaba el trabajo de disculpar, de atenuar, lo que su respuesta pudiera tener de desatenta para él.

—Teneis muy buenas cosas—la dijo.—¿Son regalos?

—Sí, señor; son antiguos regalos.

—¡Oh! ¡si vos quisierais!...

—Señor Servoz—dijo Juana—os agradezco mucho vuestra oferta...

—¿Pero la rehusais?

—No soy libre para aceptarla.

—¿Quién os lo impide?

—Todo y nada. Seré franca. Tengo el corazon enfermo. Hemos sufrido mucho mi hermana y yo. Hoy mi colocacion depende de un hilo. Mi hermana ha perdido la suya. ¡Quién sabe lo que vá á ser de nosotras!...

—¡Luego lo que yo os propongo es la salvacion! ¡Y vos no la aceptais!

—Dejadme tiempo para reflexionar, para acostumbrarme á esa vida nueva, á la idea del matrimonio... Permitidme respirar... ver...

Llegaban al jardin del Luxemburgo.

Entraron en él.

Servoz adivinaba en la limpidez de los ojos de Juana, en su pura y tranquila fisonomía, que no podria ella avenirse con su carácter duro y fiero; que existia entre ellos una antipatía de raza, por decirlo así, y que rehusaba una alianza en la cual los elementos eran tan diferentes y tan contrarios.

Juana hablaba sin incomodarse, con una dulzura angelical.

Servoz se embriagaba, en medio de los paseos cercados de flores, con el vago perfumes de los cabellos de Juana. Contemplaba á hurtadillas la esquisita forma de su blanco cuello. Bebia las palabras que salian de sus rojos labios y sentía que sus deseos tomaban más fuerza.

—Vamos, Juana.—la dijo—decidme toda la verdad. Habeis soñado en medio de esa opulencia en que habeis vivido, y os desagrada rebajaros hasta dar vuestra mano al hijo de un obrero de los Alpes.

—¡Mi padre era, tal vez, más pobre que el vuestro... ¡El hombre que me ha educado no era más que un pescador!... No tengo tanto orgullo.

—¿Entonces es desprecio lo que sentís por mí? ¿Odio? ¿Es una invencible aversion?

—No.

—Esplicadme, pues,—repuso con creciente irritacion.

—¿Qué puedo añadir á lo que os he dicho? ¿Qué quereis? ¿Me pedís que me case con vos? No puedo. Puedo ser vuestra amiga, profesaros simpatía...

—¡Pero no me amais! ¡No me amareis jamás!

Juana le miró con ojos tan limpidos que hubieran debido enternecerle. Pero aquella mirada produjo otro efecto. Le exasperó.

—¡A mí—dijo con vibrante voz—me sucede lo contrario. Desde hace dos meses, me contengo, procuro convencerme, quiero alejaros de mi imaginacion y no puedo! ¡Me muerdo los dedos de cólera y de despecho al ver que os resistís! ¡Yo que nunca he suplicado á una mujer, he descendido hasta rogaros á vos! He cambiado, hasta el punto de no conocerme á mí mismo. Cuando pienso que os he ofrecido casarme con vos y que me rechazais con frialdad, con insultante calma, me sonrojo de vergüenza. ¡Qué admiracion, qué de burlas en el almacen, si se supiese todo lo que os he dicho, todo lo que os pido, todo lo que os propongo, y vuestras respuestas frias, glaciales, de una soberbia indiferencial! ¡En verdad, hace ya mucho tiempo que dura esta comedia! ¡Vamos, os suplico por última vez! Me torturais con el aire altivo y tranquilo que afectais. ¿Consentís? ¿Rehusais? ¿Decís que sí? ¿Decís que nó?

—¿Y si dijera que nó aun? ¿Qué hariais?

—Trataria de olvidaros, y como para olvidar el mejor medio es el alejamiento, como por otra parte no puedo sacrificar por vos mi colocacion, se deduce...

—¿Que perderia yo la mia?

—¡Sereis vos quien lo haya querido! ¿Conoceis algun otro medio?...

Llegaban á la avenida del Conservatorio.

Aquel sitio estaba casi desierto.

Juana se detuvo, y mirándole de frente le dijo:

—¿A cuántas pobres jóvenes habeis dicho eso?

—A más de una, es verdad—contestó cínicamente.

—¿Y os admira que yo no quiera entregáros mi mano? No quiero, porque debo estimar á mi marido y porque es vil lo que vos haceis y lo que decís; porque me acordaré toda mi vida con horror de que me habeis propuesto ser vuestra querida, como si estuviese dispuesta á entregarme al primer advenedizo, ó á venderme por un favor, por una colocacion ó por dinero; porque no olvido ese ultraje, que os perdono, pero sin alejarlo de mi memoria; porque es cobarde colocar á una desgraciada, que no tiene más que su empleo para ganar su subsistencia, entre la necesidad de entregarse, con la vergüenza en la frente y el disgusto en los labios, ó ser arrojada á la calle, porque, en fin, yo no amaré jamás más que á un hombre que tenga un corazon generoso y noble, aunque sea pobre como yo y esté condenado á la más penosa y trabajosa existencia. Esto es lo que no queria deciros, porque debierais haberlo comprendido. Separémonos, caballero. Podreis disponer mañana de mi plaza. No iré al almacen... Juana quiso alejarse.

Pero Servoz la detuvo cogiéndola con violencia por un brazo.

—¡No—dijo—adios, no! ¡Quedaos!

Todos los músculos de su faz vibraban de indignacion y de ira.

—¡Ah! ¡Creeis que pasarán así las cosas—re-
puso,—que me habreis engañado con una es-
peranza, para recházarme despues como á un
traje usado. como un harapo que se arroja al
arroyo! ¡Y aun cuando me habeis tratado con
la altanería que ¡lo habeis hecho, como una
alta dama que despide á un criado, pensais que
os dejaré partir tranquilamente para que va-
yais á reiros de mí con vuestro amante, el ser
de corazon noble, generoso y dotado de to-
das las virtudes, de todos los méritos y de
todas las superioridades! ¡Ah! no. ¡Os tengo!
¡Os guardo!

—¡Caballero!

—Gritad, si quereis. ¡Quién se ocupa de nos-
otros! Los agentes de policia no vienen á estos
sitios, y además no se mezclan de buena gana
en las cuestiones de estudiantes y de jóvenes.
¡Si quereis recurrir á alguien, llamad á vuestro
amante! ¡Llamadle!

—¡A mi amante! ¡Estais loco!

—¡A ese aprendiz de doctor, al cual enviáis
besos tan amorosos á través de vuestros jardí-
nes, á ese hermoso corazon que os espera en la
acera y os acompaña diciéndoos requiebros!
¡Le amais, le adorais! ¡No le rechazais!

—Aun cuando así fuera, ¿no soy libre?

—Sin duda. ¡Por eso me tratáis tan duramen-
te! ¡Confesadlo! ¡Le amais! ¡Le amais! ¡Le amais!
¡Lo sé!

La cólera exaltaba sus palabras.

—¡Pues bien, sí, le amo á él, á ese de que ha-
blais, y él lo ignora!—dijo Juana.—¡Le amo
porque es bueno y generoso! ¡A vos os odio por-
que sois bajo y vill! ¡Le amo porque habla un len-
guaje que vos no conoceis! ¡Os odio porque sois
insolente y cobardel! ¡Estais contento? Dejadme
ó grito...

Desde hacía rato, Juana lanzaba rápidas mira-
das adelante y atrás. Amenazaba una tempes-
tad, y la lluvia, que empezaba á caer, habia
hecho retirarse á los últimos que paseaban por
aquellos sitios.

La avenida estaba completamente desierta,
casi oscura.

—Tú me odias y yo te amo,—la dijo—ó más
bien, puesto que entre nosotros no puede haber
ya amor, me gustas, y si no debo volver á ver-
te, quiero que me dejes al menos un recuerdo.

Sus facciones estaban horribles.

Todas las iras del amor, del despecho, del or-
gullo herido, hervian en su cerebro.

Juana levantó los ojos hácia él y se aterró.

Quiso gritar, pero, con rápido movimiento,
la tapó la boca con un pañuelo que la ahogaba
como una mordaza.

Y anudándolo, lo apretó tanto, que parecia
que la iba á destrozár el cráneo.

Los dos brazos de Servoz se enlazaron des-
pues al talle de Juana, que cayó de espaldas
sobre el cespéd.

El antiguo cantero de Chamcunix, en un ac-
ceso de locura, volvía á la ferocidad de su ju-
ventud.

El deseo que le embriagaba se le subía á la
cabeza y le cegaba.

Pero Juana era fuerte y se defendía con la
energía de la desesperación.

En la lucha se aflojó el pañuelo, y un grito
agudo y desgarrador, grito de angustia, dominó
los sordos ruidos de aquel desierto barrio.

Servoz se creyó perdido.

Loco, en el paroxismo de la ira que se apode-
raba de él, sin saber tal vez lo que hacía, sacó
un cuchillo, esa arma que los saboyanos y los
diamonteses no abandonan nunca.

Dos veces la clavó al azar en el cuerpo de
Juana, para escapar á la responsabilidad del
atentado, y huyó.

En el momento en que entraba corriendo en
la calle Cassini, oyó una voz burlona que le
decía:

—Buenas noches, Servoz. ¿A dónde vais tan
corriendo?

Quien le gritaba era Venotte, el eterno Ve-
notte, que acababa de asistir á aquel drama,

tan corto y tan cruel, y que llegaba demasiado tarde al socorro de la víctima.

Los dos hombres estaban solos.

Algunas sombras se agitaban á lo lejos.

Servoz se paró de pronto lleno de estupor.

Estaba á dos pasos de Venotte.

Levantó le cuchillo y dudó un segundo.

Matando á Venotte desaparecía el único testigo de aquel asesinato.

Pero oyó el estridente ruido de una pistola que armaba el inspector por prudente precaución.

—Creedme, querido—repuso Venotte acentuando más la burla—no me ataqueis. Yo soy malicioso y, si quereis un consejo, os diré que tomeis el tren y desaparezcáis. ¡Por el honor del almacén, os doy veinticuatro horas de término.

Servoz no replicó nada y desapareció.

Se aproximaban algunos agentes de policía. Sobre el talud se distinguía, á la luz de algunos faroles, muy diseminados, una masa negra informe, que yacía en tierra.

—Por aquí—dijo Venotte.—Es una mujer á quien acaban de asesinar.

—¿Y el asesino?

—¡Ya está lejos! ¡Corre como un ciervo!

—¿Le habeis visto?

—Lo suficiente para conocerle—afirmó Venotte sin comprometerse.

Juana Barfleur respiraba aún, pero habia perdido el conocimiento.

—¿Adónde vais á trasportarla?—preguntó el inspector.

—Al hospital Cochin, á dos pasos de aquí.

—Pobre joven—dijo uno de los agentes,—es hermosa como un ángel.

—Ya lo creo—dijo Venotte,—es la perla del Tisserant.

—¿La conocéis?

—Como á mi hermana.

Venotte dijo á los agentes su nombre, su empleo y su domicilio.

Los agentes y Venotte llevaron á la herida. Al llegar á las puertas del hospital, el lúgubre cortejo se habia aumentado con una multitud de curiosos.

Venotte y los agentes penetraron en aquella triste mansion y depositaron su carga sobre una cama de hierro en una gran sala, mientras que llamaban al interno de guardia.

Acudió éste.

Fué una escena teatral.

El interno era Andrés de Fresnaye.

Al ver á Juana inanimada, livida como una muerta, ahogó un grito y dió un paso atrás.

—¡Ella!—murmuró.

Pero se rehizo pronto.

Desabrochó con mucha delicadeza el vestido de la joven y la desató el corsé, inundado de sangre.

Las heridas, profundas, mortales tal vez, eran horribles.

La más grave la tenia en el pecho.

Por suerte el cuchillo, rompiendo una de las ballenas del corsé, se habia desviado atenuando el golpe.

El arma habia penetrado algunos centímetros por debajo del pecho izquierdo.

La otra herida habia atravesado de parte á parte el brazo izquierdo y habia tocado ligeramente aquel costado, resguardado por el brazo.

La víctima de Servoz, se encontraba entre la vida y la muerte.

Andrés, desesperado, la prodigaba los primeros cuidados, ayudado por uno de sus compañeros, á quien llamó en su auxilio, y en seguida escribió al médico jefe de la sala de cirugía del hospital, la carta siguiente:

«Querido maestro:

»Os suplico que vengais; sois tan bueno que no me negareis este favor. Han traído á una joven mortalmente herida. Hareis un milagro para salvarla porque sois el mejor de los hom-

bres. Es una joven á quien amo con el más puro y profundo amor. Os deberé más que la vida.

»ANDRÉS DE FRESNAYE.»

Jamás se acudió en vano al corazón del doctor Anger.

Respondió á aquella súplica presentándose en seguida.

Al ver á la herida movió la cabeza en señal de duda.

—Esto es muy grave—dijo.

A las doce y media de la noche, cuando montaba en su coche para volver á su casa, le preguntó Andrés con una mirada llena de ansiedad:

—Hay que tener mucho cuidado; velad y haced lo que os he dicho,—respondió el célebre cirujano á aquella muda interrogación.

—Decidme que la salvareis!

—Lo intentaremos.

—¿Puede esperarse algo?

—Sí.

Recostado en uno de los rincones de su coche, que bajaba al trote largo de un hermoso caballo, por la calle de Monsieur-le-Prince, para entrar en el boulevard San German, atravesar por el Sena y entrar en la calle Penthievre, en donde tenía su hotel, el excelente señor se decía para sí:

—Tal vez la salvemos; pero en verdad que no se disputará jamás á la muerte nada más encantador ni más digno de vivir.

XX

En gabinete particular.

Urbano Salvador no había faltado á la cita. El Brasileño era experto en materia de placeres y de belleza.

Desde que había recibido la carta, se repetía lo que había dicho la noche del *Fausto*:

—¡Qué deliciosa querida hará!

En el momento en que Colette, con la elegancia que daba que pensar al abuelo Gombault, llegaba al muelle Malaquais, vió el cupé del Brasileño parado cerca de la acera.

Era un tren de primer orden, de un aspecto y de un primor extremados.

Urbano hacía las cosas con magnificencia.

El ligero carruaje estaba tirado por dos alazanes soberbios que piñaban de impaciencia y llenaban de espuma el bocado.

Un *groom*, colocado al lado del cochero, saltó á tierra, abrió la portezuela y volvió á colocarse en su puesto con la agilidad de un mono.

El carruaje partió al trote en dirección al muelle de Orsay.

Colette estaba sentada en un almohadon de satin, al lado de Urbano.